

mortificación, y preguntándole uno cierta vez el motivo, contestó: “Todas estas rúbricas son ya demasiado conocidas, para que sean de provecho: podría suceder que se envaneciesen con ellas; en fin, ya son cosas usadas.”

CAPITULO XXIV.

Admirable paciencia de Felipe, en sufrir injurias y males corporales.

AL hablar de esta preciosa virtud que los hombres espirituales consideran como la piedra de toque de la santidad, puedo asegurar sin exageracion, que Felipe la tuvo en su mas alto grado. Para convencer de ello á mis lectores, bastará que hablen los hechos.

Tan pronto como estableció los ejercicios de su Oratorio, se desencadenó la malignidad contra

ellos. Los cortesanos principalmente, esa clase de hombres acostumbrados á mofarse mas bien de la virtud que del vicio, dieron rienda suelta á su mordaz locuacidad. Si algun discípulo del santo entraba al palacio de algun príncipe, á donde le llamaban sus negocios, luego se le presentaban con el aire mas burlesco, y le agobiaban con insultantes preguntas. “Dadnos noticias, le decian, de vuestro padre Felipe. ¿Qué hace ahora? ¿Va bien su comercio? ¿Gana mucho dinero? ¿Le llevan muchos pollos y gallinas sus hijas espirituales?” Estas perversas burlas pasaron de los palacios á las tiendas y tabernas, de modo que por muchos años fueron el santo y su Oratorio objeto de la burla y diversion del populacho. Afligidos sus discipulos, no dejaban de referirle todas estas cosas; pero en lugar de enfadarse, saltaba de alegría; cosa que no podia ménos que excitar en ellos la admiracion. Vino un dia á verlo por curiosidad uno de esos burlones malignos del alto Kirio, y fué testigo de la paciencia con que oía el relato de las burlas que le inferian, lo que penetró su corazon, é hizo que despues de encomendarse á sus oraciones, saliese á publicar por todas partes la rara santidad de Felipe.

Los progresos siempre crecientes de tan santa obra, causaban un rabioso despecho á sus enemigos, el cual los condujo á cometer los mas grandes excesos. Fué encerrado en una prision por una infamia, un hombre del pueblo, llamado Felipe, y lue-

go publicaron por toda la ciudad que aquel criminal era nuestro santo; cosa que se creyó con tanta mas facilidad cuanto que el culpable vivía en la casa de San Gerónimo. Esta calúmnia causó un rumor general; no se hablaba mas que de ella en todas partes, y la indignacion llegó á su colmo. Vinieron algunos amigos del santo á decirle lo que pasaba; pero cuál fué su admiracion al ver que recibia alegre esta noticia y que decia con la risa en los lábios: “No os ocupeis de esto, hijos míos, esto no vale la pena.”

Fué un día á casa de un magistrado para hablar á favor de un acusado, cuya inocencia le era conocida. Prevenido el juez contra el que reputaba reo, no quiso oír á Felipe y despues de tratarle ásperamente le despidió. Recibió el santo este desaire no solo sin quejarse ni afectarse, sino con un aire tan alegre, que desde léjos manifestaba su invencible paciencia. Otra vez le insultó tan groseramente un criado de cierta casa, que Fabricio Zacchetti, canónigo del Vaticano que presencié esta escena, se vió tentado á dar su merecido á este insolente; mas se contuvo, desarmándolo la inalterable dulzura del santo, por la que desde entónces le profesó el mas profundo respeto.

Salía otra ocasion Felipe de San Gerónimo acompañado de una multitud de gentes, segun acostumbraba, y se encontró con un cardenal á quien algunos calumniadores habian prevenido muy mal en su contra. El cardenal hizo dete-

ner su coche, y dirigió al santo las mas duras reconvenciones, quien las recibió con su calma ordinaria, y luego acercándose al prelado, le dijo en voz baja no sé qué cosa que desarmó su cólera, en terminos que este se echó á reir y le abrazó diciéndo: “Animo, padre; continuad intrépidamente la obra que habeis comenzado.”

Pero este grande hombre, no solo tuvo que sufrir insultos de parte de los estraños; sus mismos Oratorianos le faltaron algunas veces al respeto que le debian. Citaré un ejemplo. Recibió un día una carta relativa á no sé que asunto que interesaba á la congregacion, y quiso leerla en presencia de los padres. Sospechando uno de ellos que aquella carta contenia algunas cosas relativas á su persona y temiendo que se divulgaran, la arrebató de las manos del santo padre, diciendo que la pública lectura de aquello era un grande abuso de confianza. Al pobre le engañaron sus sospechas, y ademas, con este acto impolitico hizo ver su poca virtud, porque siendo como era, un súbdito, debia en todo sujetarse á las disposiciones de su superior. Sufrió Felipe esta grosería con su acostumbrada paciencia, sin alterarse ni proferir una sola palabra; solo encargó poco despues á uno de los amigos de aquel hombre, le reprendiese aquella falta, para que se arrepintiese y pidiese perdon á Dios de ella.

No puedo omitir aquí una observacion importante: ella se reduce á que aquellos que ofendian

al santo, ó se arrepentían de su falta y le iban á dar una satisfaccion, ó no tardaban en recibir un rigoroso castigo del Señor. Un hombre se tomó la licencia de hablar de él injuriosamente; y á la mañana siguiente se desbarrancó en una escavacion donde se quebró una pierna. Al sacarlo de allí, exclamó: “Me ha sucedido esto por haberme burlado del padre Felipe: por fortuna solo provino mi falta de la ligereza de mi lengua; porque si lo que dije lo hubiera dicho por desprecio ú odio, estoy persuadido que en lugar de la pierna me hubiera estrellado la cabeza.” Quedó tan bien grabada esta leccion en su memoria, que desde entónces nunca permitió que se hablase del santo delante de él sino con el respeto que se merecía.

Atacaba á una señora ilustre de Roma, una enfermedad de languidez, que segun todas las apariencias debía conducirla muy presto al sepulcro. Era Felipe su confesor, y como tal le impelia su caridad á ir á visitarla con frecuencia. Esto desagradó á uno de los herederos de la señora, porque se persuadió que las continuas visitas del santo, tenían por objeto el que ella no se olvidase de él en su testamento; y por lo tanto le hizo decir por medio de su criado, que se guardara de volver á la casa. Felipe, fiado en la pureza de sus intenciones, no creyó que debía por tranquilizar la codicia de aquel hombre, privar á su penitente de los consuelos que le daba su presencia. Por otra parte, confiaba demasiado en Dios para que pudiesen

intimidarle las amenazas de los hombres; y por lo mismo continuó visitando como siempre á su enferma. Pero aquel hombre, poderoso y temible al mismo tiempo, se expresó con tales amenazas que llegaron á atemorizar á los oratorianos, quienes creyendo que su padre ignoraba lo que pasaba, le dieron parte de todo y le suplicaron que no volviese á aquella casa. “No me lleva á ella otra cosa, respondió el santo, mas que la salvacion de la señora; ¿no sería una gran dicha para mí, morir víctima de la caridad?” Insistiendo los padres en que dejase á otro aquella buena obra, les dijo: “No tengais cuidado; yo sé bien que no me ha de suceder nada. Esta enferma que se tiene hoy ya como desauiciada, recobrará dentro de poco una perfecta salud, y ese hombre tan codicioso por heredar, dentro de quince dias no pertenecerá ya al número de los vivientes.” En efecto, una y otra profecías se cumplieron al pié de la letra.

Visitaba el santo un dia, segun su costumbre, las siete Basílicas, en compañía de otros tantos de sus hijos espirituales, y se encontró con dos hombres, de los cuales el uno, acerrimo enemigo de esta devocion, dijo al otro en voz alta para que le oyeran: “Ved á ese Gerónimo, con sus siete asnos cargados de dulces, que van á pasearse de iglesia en iglesia para darse en espectáculo á un pueblo que, en su simplicidad, los cree santos.” Dijo otra porcion de chistes de que su compañero se reia de muy

buena gana; pero esta burla les costó bien caro, pues á muy pocos dias ambos fueron asesinados.

Sin duda no habrá olvidado el lector la persecucion que el santo sufrió cuando fundó los ejercicios del Oratorio. Era el perseguidor un cardenal engañado por falsas acusaciones, y el mas furioso de los delatores un antiguo religioso que despues fué elevado á una prelacía. Este hombre en su delirio se habia propuesto hacer cerrar el Oratorio, y para comprometer al cardenal á que diese este golpe de autoridad, no se cansaba de declamar, en su presencia, contra Felipe y su buena obra. Este, instruido perfectamente de todo cuanto hacia y decia su enemigo, jamás se quejó de él ni intentó disculparse; sino que fiado en el testimonio de su conciencia, dejó que descargase aquella tremenda tempestad. Todavía mas, presentábase con frecuencia á la audiencia del cardenal engañado, para procurarse actos de mortificacion, en los malos recibimientos que aquel le hacia. Llegó Dios á compadecerse de los sufrimientos de su siervo é hizo suya su causa; porque á esto se debe sin duda el que los superiores de la congregacion del Monte Olivete, de donde el detractor del santo habia sido monje durante cinco años, le persiguiesen ante el mismo cardenal, cuya confianza habia tan criminalmente engañado; en efecto, estos padres llegaron á probar la apostasia de aquel mal sacerdote, y pidieron su castigo con arreglo á los sagrados cánones.

Instruido el culpable de la acusacion que se habia hecho en su contra y cuyos terribles resultados preveía, se aterrorizó de tal suerte que cayó enfermo de muerte. Luego que el santo supo su estado, se compadeció de él y le visitó muchas veces sin que le llamasen; pero parece que el desgraciado no se convirtió, y murió á pocos dias. Vino uno de los discipulos del santo á darle esta triste noticia, la que le afectó profundamente y le hizo reflexionar en silencio por algunos momentos, y luego tomando una Biblia que se encontraba allí delante de él, se la presentó á su discípulo, diciendo: "Abrid y leed." Abrióla en efecto, y leyó estas palabras del libro de los Proverbios (c. vi, v. 12): "El apóstata es un hombre pernicioso, no habla mas que iniquidades, guiña los ojos, hace señas con el pié y se dá á entender con los dedos; maquiná el mal en su depravado corazon, y no se ocupa mas que en sembrar la discordia. Su ruina será pronta, será hecho añicos, y no habrá ya remedio para él."

Si aun quisiera yo seguir citando de estos tremendos casos, ¡oh! ¿á cuántos hombres enemigos de nuestro santo, no nombraría yo aquí, que vieron resplandecer sobre ellos y sus familias la ira de Dios? Y no se crea que esto se debe á que Felipe invocara para ellos las venganzas del Cielo: no; él sufría con una paciencia heroica las injurias que se le hacian y amaba sinceramente á sus perseguidores; oraba por ellos, visitaba las iglesias

y encargaba á los suyos hiciesen otro tanto para conseguir que Dios les perdonase. Así es como llegó á adquirir aquella dulzura tan rara, con la cual no solo jamás llegó á incomodarse, sino que ni aun tuvo tentaciones de ira. Si acontecía alguna vez que al corregir á alguno, pusiese un rostro severo; al momento que el culpable se retiraba, volvía á su fisonomía la dulzura y serenidad, y decía á los que estaban presentes: “Tal vez me habreis creído enojado y acaso os habré dado motivo de desedificación.”

Salía un día de la iglesia en que acababa de celebrar, y en la calle encontró á Gallonio, á quien sin ninguna apariencia de razon le echó una buena reprension. Este procuró justificarse modestamente, y el santo aun aumentó su aparente aspereza, tratándole tan mal que llegó Gallonio á darse por sentido. “Abrazadme, le dijo entónces el padre, y no penseis ya en lo que ha pasado.” Reflexionó despues Gallonio sobre este acontecimiento, y no le costó ningun trabajo dar con el motivo que lo habia causado. El santo quiso impedir que su discípulo reparase en el estado casi extático en que venía, y al mismo tiempo ejercitarlo en la humildad. Nadie vió jamás triste á este hombre extraordinario; siempre y en todas circunstancias presentaba su rostro la expresion de la mas suave alegría, y las injurias que se le hacian solo servian para aumentarla mas y mas. Sabedor una vez de que se le acusaba, ya de chochear y

de volver á la primera edad, fué tanto el gusto que le dió esta noticia, que manifestaba su gozo desde léjos en su semblante.

¿Qué diremos ahora de su paciencia en sufrir las penalidades de su cuerpo? Sus excesivos trabajos, juntos con su estremada abstinencia, le causaban una enfermedad cada año. Ellas eran por lo comun muy lárgas y penosas; y sin embargo de los dolores que padecía no se menoscababa su alegría. Solo á su médiço manifestaba sus sufrimientos, ocultándolos tanto á los que le rodeaban, que aun creían algunos que nada le dolía: en lo mas fuerte de sus achaques continuaba confesando á los que se le presentaban, siempre que se olvidaba el médiço de prohibirselo: y si los padres de la Congregacion le rogaban que no lo hiciese, les contestaba, que este ministerio le quitaba el enfado que naturalmente trae consigo toda enfermedad. Sabía disimular de tal suerte la alteracion de su voz, que al oirla cualquiera hubiera dicho que no estaba enfermo; y si alguno de los que le visitaban estaba melancólico, lo consolaba y recreaba con su alegre conversacion. Apenas comenzaba á convalecer, cuando luego volvía á decir misa, entregándose á sus funciones ordinarias. Esto no quiere decir que no les costase gran trabajo observar esta conducta; sino que como era amigo de padecer, iba en pos de los trabajos en lugar de evitarlos, porque se aborrecia á sí propio y amaba á Jesucristo.

Este divino Maestro, movido de la paciencia de su siervo, se la premió algunas veces con milagros. Al salir de una enfermedad que le había llevado hasta el borde del sepulcro, su médico sorprendido al verle lleno de fuerza y energía, no pudo menos que manifestarle su admiración, y el santo le respondió riéndose: “Es que no sois vos quien me ha curado: he aquí mi médico y mi remedio:” y le enseñó un relicario que San Cárlos Borromeo le había dado. En otra enfermedad, no menos peligrosa, le curó Nuestro Señor por medio de un milagro que merece referirse. Abrasado de una sed devoradora, suplicó á Petruccio le llevase un vaso de agua fria con sumo de granada. Persuadido éste que semejante bebida no podía menos que dañarle, á no ser que la endulzase con alguna azucar, la cual no tenía, ignoraba que determinacion habia de tomar. Sin embargo, salió del cuarto del enfermo y bajó las escaleras para reflexionar lo que debia hacer, cuando se le presentó un jóven desconocido que puso en sus manos un pan de azucar muy blanco y se retiró sin decirle una palabra. Admirado Petruccio, preparó inmediatamente la bebida que queria el santo y subió luego á darsela. El enfermo, despues de haberla bebido se durmió, y á pocos instantes despues despertó, y dijo á su discípulo: “Petruccio, estoy curado.” En efecto, al dia siguiente se levantó y volvió á sus ocupaciones ordinarias.

Su paciencia le servia demasiado bien para

que no amase singularmente esta virtud. Por lo mismo hablaba de élla frecuentemente á sus discípulos. Referiré algunas de sus principales doctrinas acerca de ella. Decía que no hay cosa mas gloriosa para el cristiano que padecer algo por Jesucristo, y que los amigos de Dios sienten pena en dejar de padecer. “No hay, añadí, señal mas segura del amor divino que la adversidad.” Un dia se quejaba con él un confesor, de los trabajos que tenía en su ministerio: “Veo que careceis de paciencia, le dijo, y siendo así ¿cómo la podreis aconsejar á los demas, si vos mismo no la practicais? El camino mas corto decia aún, para llegar á desprenderse de las cosas de la tierra, es la tribulacion; por lo mismo considero yo muy desgraciados á aquellos á quienes el Señor no juzga dignos de ser admitidos en esta escuela. Repetía muchas veces que la vida presente es un paraiso ó un infierno, pero no un purgatorio. Paraiso para los que saben aprovecharse de sus sufrimientos, é infierno para los que sufren sin resignacion.

Nada es mas cierto, que este sublime pensamiento de Felipe, porque cada dia vemos que los primeros tienen su corazon inundado de celestiales consuelos, mientras que los segundos se entregan á la desesperacion.

Sabedor por experiencia, que las dulzuras espirituales son comunmente precursoras de las tribulaciones, advertía de ello á sus discípulos para consolarlos y animarlos. “No permite Dios, de-

cia, que los consuelos ó las desolaciones de sus hijos sean permanentes; ha querido en su misericordia que se sucedan unas á otras, y hagan de su vida un tejido de admirable variedad. Guardémonos, pues, de huir de las cruces que su providencia nos envia, no nos atraigamos otras mas pesadas: el partido mas prudente, es hacer de la necesidad virtud; por lo demas, contentémonos con sufrir las tribulaciones que él nos envia, y no pidamos otras mayores: él conoce bien nuestras necesidades y sabe proporcionar á nuestras fuerzas los remedios que emplea para curarnos.”



CAPITULO XXV.

Constancia de Felipe en caminar por el sendero que se habia propuesto. Sus doctrinas sobre esta materia.

DESDE muy temprano llegó á entender Felipe, que para dar feliz cima á cualquiera empresa, es necesario trabajar con teson y perseverancia, y que ninguna obra grandiosa se consumará sin que el que la acometa sea constante. Por eso desde que Dios le dió á conocer que le queria en Roma, para que trabajase por la salvacion de las almas, no proyectó ni pensó ya en otra cosa, y nunca podrá admirarse demasiado que en el dilatado espacio de sesenta años que vivió en aquella ciudad, jamás puso sus piés fuera de su territorio. Todas las tentativas de